

la vez que el reinado del que le había nombrado, y dimitió entregando el mando al gobernador de la plaza, general Tabera.

El 19 de Junio llevó el telégrafo al campamento del ejército republicano en Tacubaya, la noticia de que á las siete de la mañana habían sido fusilados en el Cerro de las Campanas Maximiliano, Miramón y Mejía, y de Tacubaya fué trasmitida al general Márquez.

El mismo día dirigió el Lugarteniente oficios al general Tabera y á los ministros y consejeros de Estado, diciéndoles: "que supuesto que se ha probado que el Emperador está prisionero, el infrascrito cesa de ser Lugarteniente del Imperio." En seguida se ocultó tan bien, que nadie pudo saber donde se hallaba; las tropas defensoras de México se rindieron á discreción. (1)

La tarde del 20 de Junio se había extendido ya por toda la ciudad de México la noticia de la muerte de Maximiliano; pero los imperialistas no querían darle crédito, atendiendo á que hasta el día 18 no se tenía aún la certeza de que el Emperador hubiese caído prisionero, debido á que todos los correos procedentes de Querétaro, que lograron salvar el campo de los sitiadores, eran reducidos al silencio por orden del general Márquez que se interesó en sostener las esperanzas de los sitiados, tanto tiempo cuanto le fuera posible. Este proceder fué comentado de diversos modos, y entre las opiniones se notó la del doctor Reinisch, quien atribuyó tal conducta al deseo de enriquecerse por medio de violentas vejaciones de toda naturaleza; pero á despecho de la vigilancia de ese general, recibió el día 18 el Conde de Kevenhüller un documento auténtico que no le permitía dudar de la realidad, respecto á lo acaecido en Querétaro.

Las fuerzas austriacas que aún defendían la plaza arreglaron la capitulación por intermedio del Barón de Lago.

Se le propuso al general Porfirio Díaz que les permitiera ir hasta Veracruz con armas y bagajes; el general declaró completamente inaceptable la proposición, fundándose en que las tropas extranjeras habían apoyado durante dos meses la violenta y atroz dominación del general Márquez. Por fin, el jefe del ejército de Oriente convino con el Barón de Lago los puntos de capitulación de las tropas austriacas, haciendo las concesiones que creyó compatibles con la responsabilidad que podía asumir ante su gobierno; pero se rehusó á darlas por escrito, declarando únicamente ante testigos, que se obligaba bajo palabra de honor á cumplirlas, y en tal concepto fueron comunicadas á los jefes austriacos.

La principal condición consistía, en que desde aquel momento los austriacos se abstendrían de toda participación en las hostilidades contra las fuerzas repu-

(1) Según el doctor Reinisch, quien estuvo encargado de la dirección del Museo imperial en México, Márquez huyó por el lago de Texcoco, dejando á México entregado á su suerte. Logró salir con vida de aquella tormenta en que tantos perecieron y llegaba el 26 de Enero de 1868 á Nueva Orleans, habiendo logrado dejar el territorio mexicano, según entonces se publicó, disfrazado de arriero y se embarcó en un buque americano.



*General Miguel Piña,*

Comandante de la artillería durante el sitio que sostuvieron en la ciudad de México los imperialistas en Junio de 1867. Firmó la capitulación de esta ciudad, que fué ocupada por el ejército de Oriente después de un asedio de cerca de setenta días.

blicanas; si el día 21 en la mañana, es decir, á las cuarenta y ocho horas después de recibidas las estipulaciones, los austriacos salían de la ciudad y entregaban sus armas, el general Porfirio Díaz les garantizaba el transporte hasta Veracruz, por cuenta del gobierno republicano, siendo necesario que las armas y caballos fueran también entregados, á excepción de los pertenecientes á oficiales. En caso de combate, si los austriacos sin tomar parte en él se retiraban á Palacio y enarbolaban la bandera blanca, el general Díaz no garantizaba más que la vida, dejando la resolución final al gobierno republicano. Las condiciones pactadas eran aplicables á los soldados mexicanos colocados bajo las órdenes de los oficiales austriacos.

Al saberse definitivamente en la capital la prisión y muerte de Maximiliano el día 19 de Junio [1867] se verificó un cambio violento; Márquez y el prefecto político O'Horan desaparecen; Vidaurri, Gálvez y otros se ocultan, y el gobernador de la plaza, general Ramón Tabera, vió deshacerse como por encanto el ejército mexicano. Los austriacos, á las órdenes del Barón de Lago, quedaron neutrales, después de haber capitulado obteniendo la concesión de la vida, debiendo esperar la ratificación de los Supremos Poderes y el cumplimiento de la promesa de que serían embarcados para Europa. Los franceses que estaban en la garita de Belem saben todo lo que pasa y ven á los austriacos abandonar sus puestos y dirigirse á Palacio, donde izan la bandera blanca. El comandante Chenet va á ver al general Tabera, le dice que se declara neutral y pide que releve á la contra-guerrilla con fuerza mexicana; Tabera se lo promete y le autoriza para capitular directamente con el general en jefe republicano, quien concede al jefe francés una entrevista para el día 20 en medio de la calzada de Chapultepec; se arreglan las condiciones de la capitulación, ofreciendo Porfirio Díaz conceder únicamente la vida, y hace la oferta de tratar á la contra-guerrilla con la consideración á que se hizo acreedora por su valor, pudiendo retirarse á su cuartel de San Pedro y San Pablo, donde sería desarmada.

Las fuerzas sitiadoras aún dispararon algunos cañonazos sobre la capital á las cinco de la tarde, para reconocer si ya se había dispersado el ejército imperialista que pactaba su capitulación. Para terminar este asunto se reunieron el jefe imperialista Miguel Piña y el republicano Ignacio Alatorre, y acordaron estos cinco puntos: término de las hostilidades, vida y libertad para los vecinos de la ciudad, rendición de la plaza, las fuerzas mexicanas se concentrarían en la ciudadela, las extranjeras en Palacio y la contra-guerrilla en San Pedro y San Pablo; los oficiales conservarían sus espadas, quedando prisioneros á la orden del general Díaz, hasta que recibiera instrucciones. Esta capitulación fué firmada en Chapultepec el 20 de Junio y ratificada en Tacubaya el siguiente día.

Mientras tenían verificativo las comunicaciones relativas á la capitulación, Márquez desaparecía, y quedó encargado del mando el general Tabera, quien envió parlamentarios al general Porfirio Díaz. A las seis de la tarde del día 19

llegó á México un comisionado del ejército sitiador y se concluyó un armisticio de veinticuatro horas.

A consecuencia de la comunicación enviada á México por el Barón de Lago á su arribo á Tacubaya, según él mismo dice, el general Tabera, jefe de las fuerzas sitiadas, recibió una nota á nombre de los coroneles de los cuerpos extranjeros, de gendarmes y húsares, firmada por el coronel Kodolich, el teniente coronel de artillería Graff, comandante de la sección austriaca y del jefe del regimiento de cazadores á caballo, diciéndole que habían tenido orden del Emperador, por conducto del encargado de negocios de Austria, para que las tropas de nacionalidad extranjera no tomaran participio en la lucha que todavía se estaba debatiendo en México, pues no se debía derramar más sangre, referían que había llegado otra orden autógrafa del Emperador en el mismo sentido, y pedían al general Tabera expidiese las suyas para que se cumpliera lo mandado. (1)

Habiendo comunicado el general Díaz estos acontecimientos al gobierno de Querétaro, se le dijo por telégrafo que no podía ser aceptada ninguna condición de capitulación y que la ciudad debía entregarse á discreción de los vencedores. Entonces el consul norte-americano Mr. Otterburg, fué comisionado para decir á los coroneles austriacos, que si se reunían en el Palacio con sus tropas é izaban el pabellón de parlamento, el general Díaz les garantizaba la vida y el paso libre hasta Veracruz, á expensas del gobierno republicano y con escolta. Además, se dejaría á los oficiales sus armas y caballos, debiendo ser remitido el equipo sobrante al cuartel general.

Izada la bandera parlamentaria capituló en la noche el general Tabera, y el día 21 al amanecer las vanguardias liberales entraban á México en silencio y guardando el mejor orden. El Imperio había quedado definitivamente vencido y la República triunfante.

El Barón de Lago, con la conducta que observó, se inmiscuía en la guerra civil de un país extraño, arreglaba una capitulación por la cual se obligaban los austriacos á insubordinarse en caso de ataque, pues á tanto equivalía dejar sus puestos para retirarse al Palacio y enarbolar la bandera blanca, mezclando en el asunto á una parte de los soldados mexicanos que estaban en las filas austriacas. El Barón, en aquellos momentos, no era más que un particular, pues con la prisión y fusilamiento del Emperador, cerca del cual estaba acreditado, había quedado en la imposibilidad de tratar negocios oficiales y aun de proteger á sus nacionales; los republicanos jamás le reconocieron carácter diplomático. Según el citado Barón, el jefe de los sitiadores dijo que á los jefes austriacos era deudor de la pronta capitulación de México, sin efusión de sangre, contribuyendo á esta favorable solución los oficiales en número de ciento cincuenta, asegurándoles la vida y esperaba que el Presidente no pondría obstáculo á su partida de México ni á la de las tropas que ellos mandaban.

(1) Al dar conocimiento el Barón Lago á los coroneles sus compatriotas de que el general Díaz aceptaba las condiciones de la capitulación propuesta, les escribió lo siguiente: "Al comunicáros

Ninguna persecución se ejerció contra los extranjeros; los que quisieron irse de México lo hicieron sin dificultad. El coronel Kodolich se encargó de dar los pasos necesarios para facilitarles la marcha, y venció las muchas dificultades que se le presentaron, encontrando un auxilio en la generosidad del banquero Mr. Davidson, representante aquí de la casa de Rotschild, mediante un anticipo de quince mil pesos. Al ausentarse el Barón de Lago, dispuso que veintinueve extranjeros que no habían venido á las órdenes directas de los coroneles austriacos no fueran repatriados; eran catorce franceses, nueve belgas, tres españoles, un inglés, un prusiano y un suizo, los cuales quedaron á cargo de los representantes de las respectivas naciones.

Poseionado de la capital de la república el general en jefe del ejército de Oriente, estableció la contribución de un cuarto por ciento bimensual, sobre todo género de riqueza pública; pero ya el 10 de Julio la abolía, dejando solamente las contribuciones ordinarias, impuestas por las leyes vigentes al dejar la capital el gobierno del Presidente Juárez. (1)

El fusilamiento de Maximiliano y la pérdida de la capital llevaron consigo el término de las resistencias del partido imperialista, que aún levantaba su bandera en la parte oriental del territorio mexicano.

Quedaba todavía en pie el último baluarte en el que se hicieron fuertes los partidarios del Imperio: el puerto de Veracruz, contra el cual ejercía sus esfuerzos el general Benavides desde el mes de Febrero [1867] época en que todos los Estados se movieron activamente en favor de la República. Este general, aunque había combatido al partido progresista, se le unió desde que la Intervención francesa dió á sus agresiones un carácter de conquista, y consideró al gobierno de Maximiliano como el resultado de la voluntad despótica del Emperador Napoleón III.

El general Rafael Benavides, á cuyo mando estuvo la línea de Sotavento, preparó la campaña sobre Veracruz; salió de Tlacotalpam en los primeros días del mes de Marzo (1867), llevando á su mando setecientos hombres. En Alvarado se le reunieron trecientos más, continuó su marcha para Mandinga, donde permaneció tres días y aumentó sus fuerzas con otros cuatrocientos que allí

esta concesión, espero vuestra decisión definitiva, en respuesta con el portador de esta noticia, creyendo mi deber añadir á mi carta oficial del día 16, cuyo contenido sostengo, que S. M. el Emperador Maximiliano nos ha declarado muchas veces en Querétaro que Márquez es el mayor traidor."

El mismo día los coroneles contestaron al Barón anunciándole que saldrían de México é irían á Tacubaya el día 21 en la mañana.

(1) Apenas establecido en la Capital el General Díaz, renunció su secretario Don Justo Benítez, dando por motivo que, terminada la guerra, había concluido el patriótico compromiso que contrajo al aceptar la secretaría del cuartel general del ejército de Oriente. El general Díaz le dió las gracias y le manifestó su agradecimiento, aprecio y consideración, por el laborioso desempeño de tantos y tan diversos asuntos graves á que el Señor Benítez se consagró lealmente con inteligencia y actividad.